

Alejandro Rossi

UNA IMAGEN DE JOSE GAOS



La muerte de José Gaos, en la primavera de 1969, obliga, a quienes estuvimos cerca de él, no sólo al elogio y al homenaje, sino a un examen y a un balance de su actuación como profesor y escritor de filosofía. Quiero aclarar, desde un comienzo, que no es ésta una tarea motivada únicamente por la piedad histórica, por el cariño y la gratitud hacia la persona o por el cumplimiento de un ritual académico cuya ejecución estuviera dictada por reglas de cortesía institucional. No se trata, en suma, de celebrar una especie de misa académica, de ceremonia científica —pomposa y en el fondo indiferente— para honrar la figura del maestro desaparecido. Lejos de ello, lo que es necesario intentar, arriesgando quizá la injusticia y la exageración, es un primer análisis, severo e irreverente, de la labor de José Gaos. La razón para hacerlo es, a la vez, simple y espléndida: a partir de 1940, hasta los alrededores de 1960, es la personalidad clave de la vida filosófica mexicana. Lo cual significa que en Gaos se originaron los proyectos filosóficos, los hábitos intelectuales, los manierismos y las obsesiones que caracterizan ese periodo. En una palabra, impuso un estilo filosófico cuya comprensión es imprescindible para explicar no sólo las virtudes, sino también las limitaciones y los callejones sin salida de un pasado inmediato. De una manera más dramática, cabría decir que Gaos encarnó bajo modalidades muy propias y con absoluta dedicación y seriedad una concepción del trabajo filosófico que, a muchos de nosotros, nos parece ahora insostenible. Las páginas que siguen pretenden fijar algunos rasgos básicos de la obra de Gaos, y de este modo continúan una discusión —viva y áspera, como le gustaban— que iniciamos con él hace ya muchos años. No tengo otra manera de demostrar mi cercanía a José Gaos.

Durante su vida gozó Gaos de un extraordinario prestigio como profesor. Esta opinión se justificaba por muchas virtudes innegables que iban desde las más externas —el cuidado en la modulación de la voz, el manejo del gesto, la elegancia en el decir, la concepción de la hora académica como una pieza acabada, con un final que se ajustara no sólo a las exigencias del tema, sino a ciertos cánones de composición dramática— hasta esas otras excelencias que eran el resultado de la erudición filosófica de Gaos, de su escrupulo interpretativo, del trabajo intenso que, invariablemente, ponía al servicio de cada lección. La palabra oral era su instrumento predilecto, aquel que manejaba con soltura y comodidad, con espontaneidad y hasta creatividad literaria. Para Gaos la docencia no fue, como para tantas otras personas, el precio que hay que pagar para poder dedicarse a una disciplina; no creo que la haya vivido como una carga o como una distracción de su labor de escritor o de investigador. Por el contrario, la cátedra lo revivía y estoy seguro que allí fue donde, con alguna frecuencia, saboreó la felicidad. Cada hombre tiene sus momentos privilegiados y yo

pienso, con cierta tristeza, que para Gaos la realidad siempre fue árida y desabrida en comparación con aquellas horas de su vida en que era el actor del personaje que él mismo había inventado.

A veces, sobre todo en la antigua Facultad de Filosofía y Letras, llegaba a la clase con un evidente cansancio físico, de mal humor, arisco, impaciente, gastado por una jornada implacable de traducciones, dirección de tesis, enseñanza en diversos sitios, consultas, desplazamientos en autobuses infames; pero bastaba que entrara en el aula, que iniciara los gestos rituales de acomodar sobre la mesa sus papeles, cambiar y limpiar los anteojos, buscar una posición cómoda en la silla, ladeándola un poco y cruzando las piernas, bastaba que comenzara a hablar, con aquella voz ligeramente nasal, para que la fatiga dejara lugar al placer de ir formando esas largas frases, al placer de entregarse a la emocionante tarea, mediante una relación claramente sensual con el lenguaje, de analizar, reconstruir y explicar ideas. Las mejores clases de Gaos producían el efecto de una narración bellamente llevada, de un cuento bien dicho y no, por ejemplo, el de una prueba o demostración. Los asistentes raramente interrumpían la lección con alguna pregunta, sino que cumplían, sabiéndolo o no, la función de espectadores, de público teatral cuya misión es ver y escuchar. Era un virtuoso de la conferencia, de la clase “magistral”, como le gustaba decir.

Conviene recordar, por lo demás, que una gran parte de su actividad docente estuvo dedicada a la explicación de la historia de la filosofía. Esta tarea, Gaos la concebía como la del *comentarista*; lo típico era que eligiera una obra clásica y que la manipulara como si se tratase de una pieza rara y valiosa, un jarrón que debemos describir en sus más insignificantes detalles, un documento antiguo cuya escritura debemos descifrar, un cuadro que nos propone enigmas de filiación, de influencias, de la particular visión del mundo del artista. De allí que enfatizara tanto el aspecto de composición material del libro, esto es, su organización en secciones, en capítulos, en párrafos, en frases; que recalcará tanto cómo tal idea aparecía en este sitio y luego volvía a ser mencionada más adelante en aquél otro, cómo una determinada influencia hacía aquí su aparición, que llamara la atención sobre el uso o el abandono de tales o cuales términos. Es natural, entonces, que la historia y la filología estuviesen al servicio de la explicación filosófica y se vieran como las más importantes disciplinas auxiliares. Sin embargo, esos procedimientos hermenéuticos sólo accidentalmente coinciden con lo que podríamos llamar *análisis argumentativos*, esto es, el examen y la valoración de la estructura de las pruebas, argumentos y demostraciones que eventualmente pueden encontrarse en un texto filosófico. Una cosa es tratar las palabras con el cuidado de quien está frente a un manuscrito o una obra maestra de la literatura, donde cada elemento es significativo y esencial, y otra muy distinta es el *examen epistemológico* del



texto. Sin duda alguna, ambas maneras, sobre todo en ciertos casos privilegiados, pueden convivir, pero esto no nos autoriza a pasar por alto la radical diferencia que media entre ellas. En definitiva, para decirlo con alguna exageración, Gaos *sacralizaba* el texto. Esta actitud, que consciente o inconscientemente fomentaba una cierta beatería, elevaba de inmediato a virtudes supremas la lectura del filósofo en su lengua original, el manejo preciso de las fuentes, la erudición histórica, la posesión de buenas ediciones, de comentarios, en una palabra, todas aquellas armas que permitieran la conquista de la ciudad sagrada. Y me apresuro a añadir, para evitar equívocos bobos, que efectivamente son virtudes y que, en cierto sentido, constituyen uno de los aspectos más positivos de la docencia de José Gaos. No hay ironía en su enumeración; hay, simplemente, el deseo de jerarquizarlas.

No debe extrañarnos, entonces, que Gaos se inclinara, cuando menos como un ideal teórico, por el comentario *lineal* del texto, esto es, por el análisis de todas y cada una de las partes del libro elegido. De ahí esos largos seminarios, que se prolongaban durante años, sobre una sola obra; esos cursos que pacientemente querían recorrer todos los vericuetos de la redacción original. ¡Cuatro años duró la lectura de la *Lógica* de Hegel! Gaos se encontraba en el extremo opuesto del profesor de filosofía que concentra su atención en unas cuantas tesis claves de la estructura teórica y que en cierto modo las abstrae de las peculiaridades lingüísticas y culturales en las que se expresan. Frente al texto, para decirlo brevemente, Gaos carecía de libertad científica. Este tratamiento, que podríamos denominar *personal*, individual, de los grandes textos de la filosofía se expresaba, también, en su resistencia, en su negativa metodológica a reinterpretar teóricamente —desde un esquema posterior y posiblemente más rico— una determinada tesis. Este horror a la “traducción teórica”, justificado equivocadamente como escrúpulo histórico, en la práctica significaba una severa limitación en los análisis conceptuales y una parálisis valorativa. Esta forma de exégesis, tan respetuosa de la composición *literaria*, respondía, en el fondo, a la idea de que la filosofía es una disciplina arcaica que no debe tomarse en serio desde el punto de vista de la verdad; a Gaos le movía la convicción profunda de que la filosofía no es una actividad que, por ejemplo, propone planteamientos y soluciones teóricas que, según los casos, son verdaderas o falsas, relevantes o irrelevantes, con un mayor o menor poder explicativo. Este aspecto quedaba relegado en favor de la tesis de que la historia de la filosofía es —en la parte que realmente le parecía interesante, a saber, la metafísica— la secuencia de una serie de imágenes privadas del mundo —imágenes propias de un individuo o de una colectividad en un momento determinado de la historia— que se presentan con pretensiones de científicidad. La tarea es, entonces, tratar de reproducirlas, de hacerlas surgir un poco a la manera de quien reconstruye el dibujo



borroso de un cuadro deteriorado o de quien descubre el trazo de una figura en una maraña de líneas. O, tal vez, como quien intenta revivir un estado de ánimo. Porque para Gaos la filosofía era la disciplina frustrada por excelencia: pretende hacer ciencia y sólo alcanza la confesión personal. El filósofo, en consecuencia, vendría a ser el prototipo del descarriado. Y aquí es donde reside, en mi opinión, el escepticismo que Gaos llevaba en los huesos: la filosofía carece de una tarea específica, la filosofía —dicho descaradamente— no sirve para nada. En la medida en que constituye un intento fracasado, el interés que representa es de orden cultural y antropológico. Como filósofo creador, su vida entera estuvo dedicada al estudio y a la contemplación de esas ruinas intelectuales, fascinado, como el arqueólogo, ante los restos de una ciudad muerta.

Para analizar esa aventura errada, la metafísica, Gaos construyó un aparato lógico-semántico que constituye su contribución a esa zona de la filosofía que él llamaba técnica y que, en un sentido lato, podríamos calificar como científica. Dentro del ámbito de lengua española es difícil hallar algo que se compare a su libro *De la Filosofía*. Fue un trabajo de muchos años, llevado a cabo casi en forma secreta, esto es, un poco al margen de los grandes temas que él ayudó a popularizar en México, el historicismo y la antropología filosófica que fueron, por otra parte, aquellos que quedaron asociados a la figura pública de José Gaos. Aquí conviene precisar que sus discípulos más dóciles, los de la primera hora, siguieron por esos caminos: la historia de las ideas, las reflexiones culturales y los problemas históricos, es decir, continuaron por los caminos que en Gaos representaban la herencia cultural que le había dejado el magisterio de Ortega y Gasset. En cuanto al otro aspecto, la verdad es que no tuvo, propiamente hablando, discípulos. Las razones son complicadas y diversas y ahora sólo pretendo rozarlas. Para comenzar a entenderlas, es necesario tener presente que la faceta lógico-semántica de su pensamiento se desarrolló y se mantuvo prácticamente aislada dentro de los límites que señalan las *Investigaciones lógicas* de Husserl. Luego quiso proseguir esos temas por el sendero de la fenomenología, que no era el que continuaba a las *Investigaciones lógicas*. Los problemas que se planteaban en esa obra fueron desarrollados por otra dirección filosófica: anteriormente por Frege, luego por Russell, por Wittgenstein y, en términos generales, por la filosofía analítica. Hubo, pues, una incoherencia en su formación teórica y en este sentido cabe afirmar que Gaos se equivocó en la elección de su tradición filosófica. Así, el aspecto técnico de su reflexión quedó históricamente atrofiado. Los intereses intelectuales de la España de su juventud y de su primera madurez eran otros, y Gaos no pudo romper ese condicionamiento cultural que le hubiera permitido el libre desarrollo de sus inclinaciones filosóficas. Cuando en la segunda mitad de la década de los cincuenta un grupo de personas

íntimamente unido a él comenzamos a interesarnos por la lógica y por la semántica, Gaos llevó a cabo una serie de lecturas que, sin embargo, no modificaron sus ideas centrales. Ya era demasiado tarde y el juego estaba hecho. Estoy seguro, por otro lado, que para Gaos ésa fue una época difícil y algo ingrata. Se encontró —quizás por vez primera— con gente que compartía ciertas preocupaciones, sensibilizada a problemas que él había manejado con la privacidad de un diario personal; gente que valoraba esa parte de la obra de Gaos, pero que, no obstante, la sentía excesivamente anclada, para decirlo con brevedad, al primer Husserl. Todos teníamos la convicción de que esa problemática había sido enriquecida y en muchos aspectos superada. La creatura había envejecido sin que el padre se diera cuenta. La soledad filosófica, fuente sin duda de muchas virtudes, no se condice con el trabajo científico. La reacción de Gaos ante esta situación no podía menos de ser ambigua: por un lado era patente el alivio que le producía la discusión de esas cuestiones —como el paciente que después de muchos rodeos y temores se atreve (¡al fin!) a hablar de *aquello*. Pero también convivía en él una actitud defensiva que a veces lo llevaba —es necesario escribirlo— a la incompreensión y al rechazo brusco. Gusto y decepción al mismo tiempo. Con el transcurso de los años —estamos ya en el principio de los sesenta— las discusiones francas, en las que nos demostró a todos su temple de pensador, fueron cada vez más raras y la relación filosófica se limitó a fintas ocasionales y a impacencias mutuas. La apertura, el momento privilegiado, ya había pasado. Si pudiéramos jugar con las fechas, yo diría que los discípulos disidentes le llegaron demasiado tarde.

En resumidas cuentas, el programa de Gaos responde a la idea de la decadencia de la filosofía. No se preocupó por encontrarle —o por inventarle— una función positiva que pudiera desempeñar al lado de otras disciplinas. La suya fue, demasiado en serio, una “filosofía de la filosofía”, una reflexión, quiero decir, cerrada sobre sí misma, mal comunicada con la ciencia. Su indudable capacidad analítica se desgastó en esas prolijas “descripciones fenomenológicas” que para él y sus maestros representaban el paradigma del “rigor” y de la “cientificidad” en filosofía. Jamás se distinguía entre *simplicidad teórica* e *infidelidad fenomenológica*. Nos dejó, en pocas palabras, una herencia híbrida, nos puso al margen de las grandes corrientes formadoras del pensamiento contemporáneo, pero nos legó un ejemplo incomparable de obsesión filosófica, de tenacidad y de profesionalismo. Si este elogio parece pobre comparado con el recuerdo de José Gaos, téngase presente que la obra de un filósofo no se mide únicamente por la importancia y por la eventual continuación de sus temas, sino también por habernos mostrado, como él lo hizo, lo que en verdad es la actividad filosófica. No hubo entre nosotros quien lo hiciera mejor.